

SØREN KIERKEGAARD

DISCURSOS EDIFICANTES
EN ESPÍRITU DIVERSO

Edición a cargo de
LEONARDO RODRÍGUEZ DUPLÁ

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

Traducción de Leonardo Rodríguez Duplá
sobre el original danés *Opbyggelige Taler i forskjellig Aand*

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2024
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2205-9
Depósito legal: S. 111-2024
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

PRESENTACIÓN, de Leonardo Rodríguez Duplá	9
1. Escribir a dos manos	9
2. Las consecuencias imprevistas del conflicto con <i>El corsario</i>	12
3. Querer una sola cosa	16
4. La gloria del hombre	18
5. La alegría en el sufrimiento	20

DISCURSOS EDIFICANTES EN ESPÍRITU DIVERSO

PRIMERA PARTE UN DISCURSO DE OCASIÓN

<i>Prólogo</i>	27
<i>Con ocasión de una confesión</i>	29
I. Si ha de ser posible que un hombre quiera una sola cosa, debe querer el bien	45
II. Si realmente un hombre ha de querer de verdad una sola cosa, entonces ha de querer el bien de verdad	
A. Si un hombre ha de querer de verdad el bien, entonces ha de estar de acuerdo consigo mismo en querer renunciar a toda ambigüedad	55
B. Si un hombre ha de querer de verdad el bien, entonces ha de querer hacerlo todo por el bien, o sufrir todo por el bien	90
III. Con ocasión de una confesión	127

SEGUNDA PARTE

LO QUE APRENDEMOS DE LOS LIRIOS DEL CAMPO Y LAS AVES DEL CIELO. TRES DISCURSOS

<i>Prólogo</i>	156
I. Contentarse con ser hombre	157
II. Qué glorioso es ser hombre	177
III. Qué bienaventuranza está prometida al ser humano	193

TERCERA PARTE
EL EVANGELIO DE LOS SUFRIMIENTOS.
DISCURSOS CRISTIANOS

<i>Prólogo</i>	206
I. Qué implica y qué alegría encierra la idea de seguir a Cristo ..	207
II. ¿Cómo puede ser la carga ligera, si el sufrimiento es pesado?	219
III. La alegría de pensar que la escuela de los sufrimientos educa para la eternidad	255
IV. La alegría de pensar que, en relación con Dios, el ser humano siempre sufre culpablemente	249
V. La alegría de pensar que no es el camino lo que es estrecho, sino que la estrechez es el camino	271
VI. La alegría de pensar que, incluso cuando más pesa el sufrimiento temporal, mayor aún es el peso de la bienaventuranza de la eternidad	285
VII. La alegría de pensar que una actitud confiada y valiente, sufriendo, es capaz de arrebatar el poder al mundo y tiene poder para transformar el ultraje en honra, la derrota en victoria	299

PRESENTACIÓN

LEONARDO RODRÍGUEZ DUPLÁ

1. ESCRIBIR A DOS MANOS

La obra *Discursos edificantes en espíritu diverso* vio la luz en la editorial C. A. Reitzel de Copenhague el 13 de marzo de 1847. Las tres partes de que consta habían sido redactadas entre abril de 1846 y enero del año siguiente. De acuerdo con el plan original de Kierkegaard, la obra debía incluir también el texto que hoy conocemos como *El libro sobre Adler*, en cuya primera versión trabajó de hecho el autor danés entre junio y septiembre de 1846. Sin embargo, Kierkegaard decidió aplazar la salida de este texto, que conocería sucesivas reelaboraciones y sólo vería la luz póstumamente.

La crítica especializada ha solido atribuir una importancia especial a la obra que presentamos, no sólo por el indudable interés de la doctrina ética en ella expuesta, sino también porque marca un punto de inflexión en la evolución del pensamiento de Kierkegaard. Ha sido frecuente, en efecto, sostener que con los *Discursos edificantes en espíritu diverso* se inicia la segunda fase de la producción literaria del pensador danés, lo que se conoce como su *second authorship*. Para entender las razones que avalan esta interpretación, hemos de comenzar por situar este libro en el contexto general de la obra de Kierkegaard.

Lo primero que llama la atención al contemplar el conjunto de la producción literaria de nuestro autor hasta 1846 es que está formada por dos series de escritos claramente diferenciadas, pero que se redactaron en paralelo y fueron publicándose de manera prácticamente simultánea.

La primera serie se inicia con *O lo uno, o lo otro* (1843) y termina –al menos esta era la intención de su autor– con el *Post Scriptum no científico y definitivo a «Migajas filosóficas»* (1846); e incluye, entre otras, obras tan conocidas como *Temor y temblor* (1843), *El concepto de ansia* (1844) o *Estadios en el camino de la vida* (1845). El propósito general de estos escritos es ofrecer una panorámica de las distintas posibilidades existenciales del ser humano, desplegada en constante polémica con la filosofía especulativa de inspiración hegeliana. En estas obras Kierkegaard se mantiene a distancia de su objeto de reflexión: no muestra preferencia

por una u otra forma de vida, sino que se limita a presentar plásticamente sus rasgos esenciales. Su intención no es doctrinal sino mayéutica: no ofrece una teoría ya elaborada de la vida buena ni pretende hacer discípulos, sino que busca favorecer el que sus lectores se embarquen en un proceso de reflexión personal que les permita cobrar conciencia de su situación existencial, acercarse por cuenta propia a la verdad esencial y apropiársela plasmándola en sus vidas.

Para facilitar el logro de este objetivo, Kierkegaard se vale en estos libros de una compleja y originalísima estrategia de «comunicación indirecta». En vez de escribir tratados filosóficos al uso, se vale de una gran variedad de géneros literarios, a veces combinándolos en el seno de una misma obra; en vez de exponer rectamente su pensamiento, recurre a la ironía; en vez de mantener el tono grave que parecen reclamar los problemas estudiados, cultiva el humor y la sátira. Cualquier cosa, como se ve, antes que practicar la comunicación directa, propia de los saberes que transmiten resultados objetivos en vez de suscitar problemas existenciales. Pero aún no hemos citado el más conocido medio empleado por la comunicación indirecta, el uso constante de pseudónimos. En realidad, más que de pseudónimos deberíamos hablar de heterónimos, pues lo que hace Kierkegaard es crear un plantel de autores ficticios, cada uno dotado de una personalidad propia, a los que encomienda la exposición de sus respectivas concepciones de la vida. El pensador danés insistió repetidas veces en que no debían atribuírsele las opiniones expresadas por esos autores salidos de su imaginación. Al abstenerse de tomar partido en la confrontación entre las distintas interpretaciones de la existencia, el filósofo danés evitaba erigirse en guía de sus lectores.

A la vez que componía los libros que integran este ciclo pseudónimo, Kierkegaard redactaba una *segunda* serie de escritos, esta vez firmados con su propio nombre. Se trata de textos explícitamente religiosos, la mayoría de los cuales comentan pasajes bíblicos, casi siempre del Nuevo Testamento, y que en algunos casos comienzan con una plegaria. Su género se asemeja al del sermón tradicional, pero Kierkegaard prefirió llamarlos «discursos edificantes» (*opbyggelige Taler*) debido a que no había llegado a ordenarse como sacerdote ni poseía, por tanto, autoridad para predicar. El destinatario invariable de estos escritos era «ese individuo» (*hiin Enkelte*) de buena voluntad dispuesto a acogerlos, rumiarlos en su interior y hacerlos sustancia de su propia vida. Entre 1843 y 1844, Kierkegaard publicó hasta seis pequeños volúmenes de discursos edificantes, cada uno de los cuales contenía una colección de dos, tres o cuatro discursos. Son los textos que, todavía en 1844, aparecerían reunidos en la obra *Dieciocho discursos edificantes*. Les seguirían, al año siguiente, los *Tres discursos para ocasiones supuestas*, que en vez de tomar pie de pasajes bíblicos concretos meditaban sobre diversas situaciones de la vida cristiana.

En general, los estudiosos de Kierkegaard han prestado mucha menos atención a estos escritos religiosos que a las obras del ciclo pseudónimo, cuyo contenido se ha solido considerar de mayor interés filosófico. Sin embargo, en los últimos decenios la crítica especializada ha venido mostrando un interés creciente por los discursos edificantes. Este cambio de actitud obedece a varias razones. La primera es el testimonio del propio Kierkegaard, formulado en los escritos autobiográficos *El punto de vista de mi actividad como autor* (1848) y *Sobre mi actividad como escritor* (1849). En este último texto, al lanzar una mirada retrospectiva sobre el conjunto de su obra, el pensador danés insistía en que toda ella, incluidos por tanto los libros pseudónimos, respondía a una misma inspiración: había sido compuesta «*uno tenore*, con un sólo aliento, si puedo decirlo así, de suerte que mi obra, vista *en conjunto*, es religiosa de principio a fin» (SKS 13, 12)¹. Está claro que en la medida en que se reconozca peso a declaraciones como esta, en vez de despacharlas alegando que se trata de una autoestilización forzada o poner en duda su sentido literal aduciendo que, después de todo, en este autor todo es irónico; en la medida, digo, en que se dé crédito a ese testimonio, cobrará fuerza la idea de que no está justificado separar tajantemente las dos series de escritos de Kierkegaard, y menos aún prescindir prácticamente de una de ellas. Antes bien, es razonable esperar que el estudio de los escritos religiosos arroje luz sobre el sentido de las obras pseudónimas, y viceversa.

En favor de esta hipótesis interpretativa habla también el hecho, ya mencionado, de que la publicación de los discursos edificantes fuera prácticamente simultánea a la de los escritos pseudónimos, llegando a darse el caso de que obras de una y otra serie aparecieran el mismo día. En *El punto de vista*, Kierkegaard explica este modo de proceder con una imagen que se ha vuelto célebre: al publicar sus discursos edificantes no hacía otra cosa que entregar al público «con la mano derecha» lo mismo que le ofrecía, con la mano izquierda, en sus obras pseudónimas. En efecto, las obras de la mano derecha enfocan, desde una perspectiva religiosa, los mismos problemas existenciales que plantean las obras de la mano izquierda. Pero si ambas series de escritos abordan en realidad las mismas cuestiones, ¿por qué lo hacen de maneras tan distintas? ¿No habría sido más lógico escribir únicamente obras firmadas con el propio nombre en las que el autor expusiera abiertamente sus convicciones? Kierkegaard no lo creía así. Estaba persuadido de que sus potenciales lectores no estaban en condiciones de acoger la interpretación religiosa de la existencia que él deseaba comunicarles, y ello porque la sociedad danesa de su tiempo era víctima de una terrible ilusión (*Sandsebedrag*) en lo referente a su condición espiritual.

1. Citamos a Kierkegaard por los *Søren Kierkegaards Skrifter* [= SKS] (Copenhague, 1997-2002), con indicación de volumen y página.

Este engaño colectivo consistía en percibirse a sí mismos como cristianos, pese a encontrarse en el estadio estético de la existencia. Inmersos en un contexto cultural en el que, a juicio de Kierkegaard, el verdadero cristianismo prácticamente había desaparecido, sus contemporáneos no sólo practicaban un cristianismo puramente nominal, sino que no podían cobrar conciencia de esta situación porque habían «olvidado qué es *existir* y cuál es el significado de la *interioridad*» (SKS 7, 89). La tarea más urgente, por tanto, era llevarlos a plantearse el problema de su existencia como individuos. Para ello era preciso buscarlos allí donde se encontraban: en el estadio estético de una existencia apenas consciente de sí misma. Esto explica que buena parte del ciclo pseudónimo –desde *O lo uno, o lo otro* hasta *Estudios en el camino de la vida*– explore incansablemente la esencia y las numerosas variantes de la vida estética. Sólo los lectores capaces de prolongar en su interior la confrontación entre los géneros de vida que se propone en estas obras, estarían en condiciones de apropiarse personalmente el contenido de los discursos edificantes.

2. LAS CONSECUENCIAS IMPREVISTAS DEL CONFLICTO CON *EL CORSARIO*

Tras considerar los dos niveles en que se articula la obra de Kierkegaard hasta la publicación del *Post Scriptum* en 1846, hemos de prestar atención a un episodio de la vida del filósofo que tuvo lugar ese mismo año y que había de imprimir una nueva curvatura a su trayectoria vital. Nos referimos a su sonado conflicto con la publicación satírica *El corsario*.

De acuerdo con los planes de Kierkegaard, la aparición del voluminoso *Post Scriptum* había de poner punto final a su carrera como escritor. Atrás quedaban, como sabemos, el ciclo pseudónimo completo y veintiún discursos edificantes. Su propósito era ordenarse como pastor luterano y solicitar ser destinado a alguna parroquia rural alejada de Copenhague. Sin embargo, un suceso aparentemente menor desencadenó un cataclismo en su vida y le forzó a cambiar de planes.

En diciembre de 1845 el anuario de estética *Gæa* publicó un ensayo de Peder Luvig Møller sobre la literatura danesa contemporánea que incluía una reseña polémica del libro *Estudios en el camino de la vida*. La crítica, que apuntaba defectos de la producción literaria de Kierkegaard y hacía alguna alusión a su vida privada, fue muy mal recibida por el filósofo. En su réplica, publicada en el diario *Fædrelandet* pocos días después, no sólo rechazaba con aspereza las opiniones expresadas por Møller, sino que revelaba su condición de colaborador anónimo de la popularísima revista satírica *El corsario*, a la que consideraba instigadora de la injusta crítica recibida. Mostrando su desprecio por esta publicación, Kierkegaard llegaba a expresar su deseo de compartir la suerte de quienes sufrían sus burlas: «Ojalá pueda aparecer pronto en *El corsario*» (SKS 14, 84). Y eso fue pre-

DISCURSOS EDIFICANTES
EN ESPÍRITU DIVERSO

por

S. KIERKEGAARD

Copenhague

Librería Universitaria C. A. Reitzel
Impreso en el taller de Bianco Luno

1847

PRÓLOGO

Pese a que este pequeño libro (discurso de ocasión cabe llamarlo, aunque no se trate de la ocasión que hace al orador y le dota de *autoridad*, ni de la ocasión que hace al lector y lo convierte en *discípulo*) sea, en punto a *realidad*, como una fantasía o un sueño en pleno día, no está falto de confianza en sí mismo ni de la esperanza de alcanzar su objetivo. Busca a ese individuo a quien entregarse por completo, por quien desea ser recibido como si el libro hubiera surgido en su propio corazón; ese individuo al que con alegría y gratitud llamo *mi* lector; ese individuo que con buena voluntad lee despacio, lee repetidamente y lee en voz alta... para sí mismo. Si el libro encuentra a ese individuo, la comprensión será perfecta pese a la distancia que los separa, a condición de que el lector conserve el libro y la comprensión apropiándose-los íntimamente.

Cuando una mujer borda un paño para el altar, hace cada flor tan bella, a ser posible, como las más hermosas flores del campo, y cada estrella tan brillante, a ser posible, como los centelleantes astros de la noche; no ahorra nada, sino que emplea lo más precioso que posee; renuncia a cualquier otra pretensión en la vida para así poder disponer sin interrupciones, de día y de noche, del tiempo oportuno para dedicarse a su único y amado trabajo.

Sin embargo, cuando el paño está terminado y se coloca para su uso sagrado, ella se entristece hondamente si alguien comete el error de fijarse en su destreza en vez de en el significado del paño, o comete el error de fijarse en un defecto en vez de en el significado del paño. Pues el significado sagrado ella no puede entretejerlo en el paño, ni tampoco coserlo como un adorno más.

Ese significado reside en el que contempla y en la comprensión del que contempla cuando él, hallándose a la infinita distancia de la separación, puesto ante sí mismo y ante su propio yo, ha olvidado infinitamente a la costurera y lo relativo a ella.

Era lícito, era apropiado, era un deber, era un grato deber, era el colmo de la alegría para la costurera poner todo de su parte para cumplir su función; y sin embargo, sería un ultraje a Dios, un malentendi-

do que ofende a la pobre costurera, el que alguien cometiera el error de fijarse en aquello que sólo puede estar presente para ser pasado por alto, aquello que sólo puede estar presente, no para atraer la atención, sino, por el contrario, para que su ausencia no estorbe llamando la atención.

S. K.